

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

14



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1973

del yo, sino al contrario, de un yo que comunica su propia riqueza al tú. Y esa comunicación se verifica por afán de comulgar en una intimidad que rebosa bondad, por alegría de donarse.”<sup>82</sup> En ambos casos, Basave recalca que el amor es un estado o propiedad del ser y por medio de él se da la comunión de los seres entre sí. Esa tendencia a la plenitud, de lo imperfecto a lo perfecto, causa una tensión; es la inquietud, “traducción de un ritmo existencial ineludible”. De aquí deduce el filósofo una conclusión importante: “en este sentido metafísico, el amor es una categoría de la existencia humana”. Y lo explica de modo ontológico: “trátase de un temblor metafísico —y no de una simple emoción psicológica— que es inspiración y fuerza creadora; tensión hacia lo real, hecha de visión cognitiva, que nos adentra en los misterios del ser.”<sup>83</sup>

En este sentido Basave se atreve a ir más adelante a decir que el hombre es amor. No como función gnoseológica, sino como fuerza energética que se dirige a la onticidad de las cosas o lo que las cosas son y se constituye en la posibilidad de existir. “Por el amor se persigue, justamente, alcanzar la perfecta ecuación del ser humano.”<sup>84</sup> Al realizarse como tendencia al bien sumo, influye sobremodera en nuestros actos morales que no se comprenden sino regidos por el amor. Por eso nuestro destino entero está iluminado por el amor y no desaparece aunque encuentre satisfacción. Al convencernos que estamos hechos para el amor, cada uno debe ver cuál es el objeto de su amor, ya que en lo perecedero no puede encontrarse el *desiderátum* total y último porque es corruptible. Por ello hay que valorar y medir el grado de amor que merece cada ente. De hecho, si el amor es afín y complacencia en el bien, éste no puede encontrar reposo definitivo en los bienes inferiores. “Mi voluntad nunca se podrá apaciguar sino con el bien universal. Lo trascendente y lo absoluto es para el hombre una necesidad ineludible.”<sup>85</sup>

De aquí infiere Basave que el hombre está hecho para el Absoluto, ese Ser plenario, y concluye su obra y sus reflexiones con un párrafo pequeño pero muy valioso con el que nosotros también imponemos fin a estos comentarios a una Antroposofía tan original y tan bien fundamentada:

“El amor originario del ser humano se dirige a Dios, que es lo único bueno en plenitud. Las creaturas son, en sí mismas, malicia y no-ser. El amor sólo se puede detener en ellas provisoriamente, porque, EN DEFINITIVA, EL AMOR ES UNA RELACION CON LO ABSOLUTO; una “alteridad” en la unidad, que a todas las cosas confiere un valor espiritual y divino.”<sup>86</sup>

<sup>82</sup> BASAVE, FH, *ibid.*

<sup>83</sup> BASAVE, FH, *ibid.*

<sup>84</sup> BASAVE, FH, p. 270.

<sup>85</sup> BASAVE, FH, p. 271.

<sup>86</sup> BASAVE, FH, p. 271.

## LAS IDEOLOGÍAS COMO FORMA DE COMUNICACION

DR. ADOLFO MUÑOZ-ALONSO  
Universidad de Madrid

NUESTRA PRETENSIÓN SE CIFRA en discernir una modalidad insólita atribuible a las ideologías: la de servir o actuar como forma de comunicación. El empeño nos pone sobre aviso de que habremos de definir con cierta precisión qué cabe entender por ideologías, para que nuestra pretensión conserve algún sentido y no sucumba al afán de las paradojas. Porque, en una primera consideración, y más si esta consideración primera es de categoría filosófica, lo obvio sería vernos forzados a escribir que las ideologías representan una forma de imposible comunicación humana.

Doy por aceptado que el significado del término ideologías, en plural, se ha desarrollado a expensas del significado primitivo, acuñado en singular, como es bien sabido, por Destutt de Tracy en las postrimerías del siglo XVIII. Le complació tanto el hallazgo del término, que tituló con él una de sus obras, publicada en los inicios del siglo XIX: *Proyect d'Eléments d'Idéologie*. Hasta los turistas del mundo de la filosofía saben que el término Ideología en la pluma de Destutt de Tracy no se prestaba a las acepciones que los manipuladores del lenguaje le han atribuido, aunque sí que ofrecía maleabilidad para sus ramificaciones semánticas. No me parece que sea del todo ocioso algún detenimiento en el tema.

La ideología es, para el filósofo francés creador del término, una ciencia, la ciencia que estudia las ideas. Y no deja de ser curioso, aunque resulte una observación superficial, que Marx oponga a ideología, que nace como ciencia, la ciencia o la explicación científica de la ideología, para denunciar su falsedad. Lo que sucede es que las ideas, objeto de la ideología, no son, en la mentalidad de Destutt de Tracy, un producto del entendimiento o la actividad espiritual, sino la expresión de las facultades humanas, todas ellas interpretadas en fidelidad con el sensismo filosófico de Condillac. Nos encontramos, pues, con que la ideología, en su aparición es una ciencia psicológica, que

condiciona la gramática general, la lógica, la ética, el derecho, la sociología, la política y la religión. En Destutt de Tracy la ideología comprende las ideas en su origen, en sus expresiones y en sus deducciones de cualquier índole. Esta es la razón por la que me aventuré a escribir líneas arriba que el término ideología ofrecía desde su nacimiento maleabilidad para sus ramificaciones semánticas posteriores.

El término nace con filiación sensista, y como es norma frecuente en la historia del pensamiento humano, agolpa en su tecnicismo una corriente de ideas o conceptos elaborados previamente. La ideología, como término expresivo de una concepción filosófica, reinterpreta a su favor otras concepciones. La fundamental, en lo que atañe a la ideología, fue la desfundamentación teológica y metafísica del derecho natural, que quedó reducido a ideología condicionada históricamente. El derecho natural no es concebido como una norma de valor absoluto incondicionado y condicionante, sino como una ideología que se desvanece tan pronto como se han logrado los objetivos perseguidos con su valimiento. La ideología se presenta como una función histórica, sin que quepan órdenes normativos de las realidades humanas sociales, políticas y morales.

El término se debate entre quienes aceptan su uso repristinando su ascendencia griega y cristiana, y quienes le vituperan como especulativo y narcista. La alusión a Napoleón es obligada. Para él ideólogos, o ideologistas, eran los filósofos que, en obediencia a sus ideas, inconcretas, evanescentes y elitistas, se oponían a su política imperialista. Napoleón, al usar despectivamente el término, ponía de relieve los contenidos negativos que, evidentemente, encerraba. Ideólogos eran los que hoy llamaríamos doctrinarios, y en extensión ambigua, y sustantivada, los intelectuales. Lo curioso de esta circunstancia, no advertida, que yo sepa, es que Napoleón, como también Chateaubriand, denigraban las ideologías en nombre de una ideología, adelantándose a la celebrada e ingeniosa calificación de ideología aplicándola a toda doctrina que se opone a la del denostador.

El término ha ingresado en los vocabularios de la sociología y de la política y se ha asentado en ellos, aunque con cierta incomodidad. Ha sido Carlos Marx el sociólogo y el político que ha contribuido con más íntensa y extensa eficacia a marear el término. Marx aborrece del término, hasta el punto de haberse librado muy mucho de aceptarlo como expresión de su propia doctrina o de su posición. Para Marx ideología es siempre la profesada por sus adversarios. Cuando se siente forzado a emplear un término para designar la base de su posición o de su doctrina, acepta el de filosofía, reputándolo más noble y adecuado, aunque, como es obvio, sea el de ideología el que mejor cuadrara. Escribe: "Así como la filosofía encuentra en el proletariado sus

armas materiales, de la misma manera el proletariado encuentra en la filosofía sus armas intelectuales." Y unas líneas más adelante, a punto de conclusión: "La filosofía no puede realizarse sin la superación del proletariado; el proletariado no puede superarse sin la realización de la filosofía." (*Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*, Buenos Aires, Ed. Nuevas, 1965, págs. 47 y 48.) Lo que sucede es, y la reiteración es forzosa, que su concepto de filosofía es genuinamente una ideología. En efecto, en su obra significativa, también por el título, *La Ideología alemana* (V. esp. Barcelona, Grijalbo, 1970, 3a. ed.), la ideología es, desde las primeras líneas, la de los "industriales de la filosofía", "vividores de la explotación del Espíritu absoluto", "charlatanería de tenderos filosóficos", que no entroncan su crítica con el propio mundo material que rodea a Alemania. Se precisa un esfuerzo mayéutico impresionante para calificar como filosofía las tesis ideológicas de Marx.

Un celebrado estudioso del argumento que hoy nos entretiene, Carlos Mannheim, se ha visto precisado por razones metodológicas a distinguir lo que sería una ideología total de una ideología parcial (*Ideología y Utopía*, V. esp. Madrid, Aguilar, 1958). Para Mannheim la ideología particular se restringe a motivaciones y planos meramente psicológicos, sin eliminar los criterios de verdad primarios y fundantes, a los que se puede siempre recurrir para valorarlas y detectar los posibles errores o desviaciones. La ideología total, en cambio, ideologiza los criterios de verdad, que son puestos en tela de juicio en cuanto criterios de verdad, ya que se les supone condicionados socialmente. Anotemos, para una mayor exactitud, que la obra de Mannheim lleva como subtítulo *Introducción a la sociología del conocimiento*. Para Mannheim, la ideología esconde un elemento inconsciente que actúa agazapado pero implacable, y que tan pronto como se descubre nos obliga a otra toma de posición ideológica. La ideología ejerce una función conservadora de las propias convicciones, en cuanto que el factor inconsciente que las mantiene, tiende a excluir la comprensión de los hechos y de las ideas, ajenas a la propia ideología, y a poner en duda la pureza de las convicciones extrañas. Mannheim no es, como lo es Marx, un dogmático de la ideología reducida restrictivamente a instrumento de lucha de una clase, lo que sí piensa es que la sociología del conocimiento es la forma del conocimiento, y que la ideología representa una modalidad política impura aunque pueda resultar purificadora. Tal sería, para Mannheim, el caso del Cristianismo concebido por él como una ideología, en contraposición conceptual e histórica con las enseñanzas del Cristianismo.

Desde otra perspectiva, no ya sociológica, sino filosófica, Carlos Jaspers ha ensayado una definición de ideología. Para Jaspers la ideología es una constelación de pensamientos, ideas o representaciones, que se presenta con carac-

terés de verdad absoluta al sujeto que la asume para la interpretación del mundo y de su situación en él. Al asumirlas sufre un autoengaño en el que se justifica y con el que se oculta y evade, generalmente con ventaja para él. Y añade con sutil reflexión: definir un pensamiento como ideología equivale a desvelar el error y desenmascarar el mal; designar un pensamiento como ideología significa una repulsa de la falta de verdad y de sinceridad, es decir, ejerce la crítica más demoledora. Es, la ideología —la frase es de Jaspers—, un arma brutal, *sine brutale Waffe*.

Si abandonamos las referencias personales como punto de apoyo expositivo, para centrarnos en las que nos proyectan los ámbitos temáticos o específicos, nos será fácil llegar a la conclusión de que es en el político en el que las ideologías adquieren un sentido actual y dominante. Sin demasiadas cavilaciones podemos señalar que la ideología, en el teatro político, es una noción que se contrapone a la de historia. La ideología es entendida como una arquitectura de ideales sociológicos con pretensiones de realización. Se distingue, pues, de la historia, pero también de la utopía. La pretensión realizadora es esencial a la ideología, pero lo es igualmente el sistema de ideas en que se asienta y los principios que la inspiran y mueven. Al hablar de principios inspiradores y motores, no cometo una vacilante sinonimia, sino que intento sugerir, que en la ideología, los principios ejercen función animadora y activa, son operantes y se declaran como ideas-fuerzas. Otra de las características de los principios que animan la ideología y la ensavian es la función que yo me atrevería a llamar seductora, pero que quizá bastaría con denominar atractiva. Y al expresarme así, comienzo a declarar mi pensamiento, apartándome del camino recorrido por otros, que considero suficientemente hollado.

Las ideologías resultan hoy punto menos que inclasificables; pero no por la diferenciación de sus programas, de sus principios o de sus objetivos, sino por la diversa adecuación intrínseca entre el ideario en que se inspiran y el proceso dialéctico del comportamiento del grupo. Las ideologías, en la visible y palpitante actualidad, tienen más de pretexto para la acción que de ideario para la conformación social o política. Hasta podría decirse que las ideologías sólo alcanzan un objetivo mediante su desintegración. Como la fuerza en los átomos.

Nos encontramos con que las ideologías, plurales por constitutividad inexorable, son eficaces en el grado en que se prestan a la infidelidad con los principios originarios que las definen. La razón de esta curiosa observación se me antoja fácil. La ideología instrumenta sus principios no en función de la verdad que pudiera atribuírseles, sino en previsión de la operatividad que puedan ofrecer para la construcción del ordenamiento social y político a que se aspira. En el marxismo esta funcionalidad operativa es exacerbada hasta el

paroxismo, ya que los principios originarios de su ideología son el determinismo histórico, que es un principio que sobrepasa cualquier ideología posible. Resulta así que el marxismo no es una ideología —es, como sobreentienden los marxistas, la ideología— pero no porque supere a las demás, sino porque no es siquiera una ideología. Los intereses y los ideales del proletariado quedan subsumidos en una relación determinística que les anula sin remedio posible, cuando se parte de una situación fisicista de las relaciones de producción. La ideología marxista al ser forzosa e inexorablemente la única posible verdadera, corroe cualquier posibilidad ideológica propia y extraña y agusana la noción inteligible de verdad.

¿Pueden representar las ideologías una forma de comunicación? La primera tentación que asalta a un filósofo al plantearse esta pregunta es la de contestar *a signo contrario*. Las ideologías constituyen una de las formas más radicales de incomunicación. Pero una respuesta tan drástica sólo es acertada desde una consideración de las ideologías restrictivamente filosófica, lo que, evidentemente, no es lícito, ya que las ideologías atesoran otras peculiaridades, en el orden social y político, que el filósofo hará bien en no desdeñar.

Es cierto que las ideologías no se presentan, ni aspiran a representar, la verdad desinteresada. Tienen en cuenta lo que hay, y con ello juegan, pero no se centran en lo que es, ni se aplican a considerarlo. Hasta cierto punto cabría decir que las ideologías son algo así como la filosofía de lo fenoménico social y político. Pero el hombre no es sólo pensamiento, aunque no lo sea sin él, no es sólo transparencia, es también impulso. La socialidad como dimensión humana no es la resultante de un ensimismamiento intelectual, sino la contraofensiva natural ante la pluralidad invasora. Los intereses son tan naturales en el hombre como los ideales. El hecho de que las ideologías tiendan todas a transustanciar los intereses en ideales, no pueden inducirnos a negar el fenómeno ni a renegar de su dramática reiteración histórica.

Las ideologías pueden ser una forma de comunicación. De hecho lo son. La corrección de la frase afirmativa se salva si acertamos a señalar los límites de esta comunicación.

En primer término habrá que dejar claro que la comunicación posible, la forma de comunicación que representan las ideologías, es una comunicación de segundo nivel. La comunicación genuina del hombre entre los hombres, es una comunicación por expresión reflexiva. Quiero decir que es una comunicación *en la verdad*, ni siquiera *para la verdad*. La comunicación auténtica revela el pensamiento reflejo, es una comunicación en la que se revela lo pensado como pretensión de la verdad, sin que se prive al que recibe la comunicación de su reflexión personal en la búsqueda de la verdad. La historicidad, los ideales, los intereses, el bienestar, incluso el deseable, no intervienen como

factores condicionantes de la verdad que se revela en el pensamiento y en la expresión comunicativa. En la comunicación genuina el hombre se revela al comunicarse, y la comunicación pretende que el que recibe la comunicación sea él el que se revele a sí mismo desde sí mismo.

En las ideologías la comunicación reviste otras características bien distintas y en otros planos. Si las ideologías establecen la comunicación negando o haciendo imposible la comunicación genuina y primaria, operan como degradantes de la persona humana y de su dignidad. Me apresuro a recordar que si la comunicación ideológica es desestimada, cediendo a la tecnocracia, por ejemplo, la forma de comunicación deseable, tal género de comunicación anti-ideológica nos merece una descalificación mayor que la ideológica.

Las ideologías como forma de comunicación, son válidas para la comunicación instrumental. Comunican ideas para la acción, y sólo en la medida y grado que sirven para la acción, sin otras atribuciones reveladoras de principios de orden superior humano. Las ideologías pueden ofrecer una forma de comunicación que se agota en la situación cambiante, pero no pueden aspirar a canonizar la situación como reveladora de la verdad omnicompreensiva de la historicidad; entre otras razones porque la situación es un ámbito pragmático para la instrumentación, pero no agota la expresividad posible del hombre y de su dimensión social.

Las ideologías son una forma de comunicación de lo que ellas son. Cuando traspasan este límite, las ideologías intercomunican la agresividad de su absolutismo relativista. Y es que, como ha observado Wladimir Weidle (*Las ideologías y sus aplicaciones en el siglo XX*, Madrid I.E.P., 1962, pág. 16), en definitiva, lo esencial de la *ideología* reside en que se trata de un sistema de ideas que no son pensadas por nadie. Frase que, en la mentalidad de Freud, y luego en la de Althusser, consentiría otro sentido, cuando hablan de que la ideología es eterna.

Pero el problema no es sencillo, porque la incógnita que habría que despejar para desacreditar a las ideologías como forma de comunicación, es un dato imposible de eliminar en las estructuras sociales y políticas y de muy difícil captación en el transfondo del hombre mismo. Si esta apreciación resultara cierta, habríamos de retornar a la ideología como reductor inevitable de la acción humana, y las ideologías, insuprimibles e inapresables, gozarían de libertad vigilada en el santuario del pensamiento humano. Quiero decir que las ideologías son aislables teóricamente en el contexto de la comunicación humana, y permiten una confrontación a niveles supraideológicos. Cuando esta confrontación no resulta siquiera posible, las ideologías que no lo consienten no merecen el nombre de ideologías, sino el de explosiones totalitarias inhumanas.

Las ideologías, como forma de comunicación, habrán de hacerla posible. Esta posibilidad se deriva no tanto de las ideologías, como función o instrumentación de ideas, valores, principios u objetivos, cuanto del reconocimiento ético de verdad que quepa atribuir a las ideas y de validez y eficacia a la encarnación ideológica de las mismas. Es decir, que las ideologías sólo consienten una forma de comunicación, si representan unos sistemas de ideas y objetivos, remodelados con miras a la consecución del poder político y a la captación de voluntades que favorezcan el acceso. Lo más frecuente es que los modelos para la captación estén pensados en función del poder a que se aspira, primando la táctica sobre la veracidad objetiva. La forma de comunicación —o de incomunicación— de las ideologías se resuelve entonces a nivel de grupos o de partidos, más que a nivel de personas. Esta resolución introduce en las ideologías esos sentimientos y manifestaciones de repugnancia en los pensadores y en los que, al actuar en política, no se consideran obligados a abdicar de una nobleza de espíritu que mantienen como indeclinable.

El gran riesgo para la comunicación posible desde las ideologías, no reside tanto en ellas, cuanto en el aparato político del que son instrumento o al que sirven. Las ideologías pueden organizar un aparato de oposición o de poder, pero puede también ser el aparato de poder o de oposición el que conforme una ideología a su servicio. La diferencia que resulta de esta distinción es tan fenomenal que, una misma ideología, según que sea fuerza modeladora o sea servidumbre del grupo, reviste caracteres peculiares en su dinamismo operativo, tan peculiares que son a veces irreconciliables. Un ejemplo típico y aleccionador de esta situación es el socialismo, que cambia de rostro y de alma, según sea la ideología del partido, o el partido formado para operar con esa previa concepción ideológica. Si arranca del partido, se precipita en el marxismo; si parte de una concepción social puede revelarse como antimarxista incluso. Hungría o Checoslovaquia, Rumania o Polonia, me eximen de pruebas. Para que el socialismo como ideología sea una dependencia del marxismo, el partido socialista se ha visto obligado a utilizar los tanques como única forma de comunicación eficaz.

La comunicación, cualquier comunicación que sea genuinamente humana, supone la dualidad. La supone y la reafirma. Esta segunda condición es la que falla en el marxismo, al absolutizar en el proletariado la voluntad de comunicación, pero en la inmanencia de sí mismo. Dicho con otras expresiones: la comunicación no consiste en absorber o en anular al otro o a los otros, sino que se basa en la comprensión del otro o de los otros. Es más, supone que la respuesta no esté dada, supone la alternativa. Pero comprender no incluye compartir las ideas de aquellos a quienes comprendemos. Por eso para que las ideologías sean una forma de comunicación, se da por supuesto que las ideo-

logías ofrezcan campo para la comprensión ajena en virtud de su propio contenido y de sus modos de expresión y de actuación, aunque sean contrarios a los de otras ideologías. Un modelo ideológico que declare incomprensibles cualquier otra estructura o comportamiento social y político, como oposición o como poder constituido, rehuye la comunicación, y acaba por sofocar a la sociedad. De todas formas, no será quizá ocioso señalar que los idearios ideológicos no bastan para medir el grado de comunicación que sustentan, sino que hay que acudir al comportamiento social y político del grupo para emitir un juicio válido, porque es en el comportamiento grupal en el que cobra sentido el ideario, siendo algo así como la política de resultados.

A algunos teóricos de las ideologías les ha dado por pensar que las ideologías están en su ocaso, y que es la tecnocracia la que se presenta como eficaz y suficiente en el campo de la sociedad del bienestar como proyecto. La forma de comunicación de la tecnocracia sería el afásico en palabras y el fónico de los hechos. A mi entender, una actitud mental de este porte cede el puesto a las ideologías revolucionarias extremas.

Lenin había denunciado como imposible o inviable un movimiento revolucionario que no arrancara de un postulado teórico revolucionario. Pero un mayo de 1972 —cuatro años desde 1968— no es posible mantener semejante pronóstico. La ideología puede montarse confiando a la insurrección espontánea las motivaciones, sin que ninguna idea o intereses expropian la acción. La justificación teórica se subsume en la acción como principio, otorgando a la acción el factor más eficaz para la cohesión de los grupos. La frase, tan demostrada, de “lejos de nosotros la funesta manía de pensar”, ha sido el lema y consigna de reconocimiento de una ideología que ha prendido en la Universidad. La ideología aparece entonces como una justificación para proseguir en la acción. Remansar la acción para elaborar la ideología es considerado como desviación ideológica. En una ideología semejante la comunicación es tan difícil, que cede el paso y el terreno a las ideologías en las que la comunicación teórica y fraseológica se alza como fundamento de la acción. Más claro, terminante y concreto: un movimiento ideológico sin supuestos ideológicos comunicables a nivel teórico, doctrinal o de ideario acaba fatigándose, y es la ideología de extrema derecha la que surge como reacción insuprimible. Los líderes de la acción como ideología son suplantados por los maestros como ideólogos para la acción contrarrevolucionaria. Esta ley explica el retorno intermitente de Marx como teórico de la revolución, y del derechismo conservador del progreso —y no es paradoja— o del anarquismo como instauración de un orden distinto del institucionalizado, pero Orden en definitiva.

El tema es susceptible de otra interpretación. Sería la de entender la forma de comunicación, referida a las ideologías, como forma específica de realiza-

ción de las ideologías en el seno de la sociedad en que florecen. Si enderezamos nuestras reflexiones por este camino, nos veríamos obligados a decir que la comunicación ideológica, o desde ella, está sujeta a las posibilidades y cercada por los límites de la coyuntura en que la ideología se encuentra inscrita. Estas posibilidades y estos límites son sociales, y no meramente individuales. El marco social no es sólo el ámbito de eficacia, es primordialmente el ámbito de la posibilidad de la comunicación, y el que la hace posible. El condicionamiento coyuntural se alarga hasta el extremo de que puede haber algo no sólo incomunicable sino impensable. Procuraré darme a entender.

Las ideologías condicionan la comunicación en tal grado que son ellas mismas un sistema de comunicaciones. La ideología institucionaliza la comunicación hasta convertirse, la ideología, en una institución fraseológica, que lejos de responder a la ideología con fidelidad expresiva, la reestructura. Hasta tal punto, que las ideologías acaban por desmayarse en la retórica de la fraseología que las anima al principio, y que acaba por sepultarlas después. Las ideologías, que viven de las grandes palabras que las acunaron, mueren cuando las palabras-mensaje alcanzan la mayoría de edad. Toda comunicación, desde las ideologías, es un intento de fundamentación de una teoría ideológica, porque la comunicación desde las ideologías, es un intento de fundamentación de una teoría ideológica, porque la comunicación está pensada desde la ideología.

No cabe una ideología de la totalidad. Entre otras razones porque es la totalidad la que se presenta necesariamente regionalizada en instancias y formaciones distintas y determinadas. Una situación límite de estas instancias es el anarquismo, que no es ni puede ser una ideología de partido, y en el polo opuesto el totalitarismo absolutista.

La aparente satisfacción del absolutismo marxista reside en la previa y dogmática afirmación de la instancia “económica” como instancia determinante de la totalidad. Lo que sucede es que las instancias no son todas del mismo tipo, y las ideologías asumen como dominante el tipo de instancia que se presta a una comunicación más eficaz en cada coyuntura: la religiosa, la económica, la política, la social. Es decir, que las ideologías elevan a estructura ideológica la coyuntura más favorable. El olvido de la coyuntura es el que disuelve una ideología, y el acierto es el que la salva. La ideología, al gozar de autonomía relativa, se disuelve si no se inserta en la totalidad como un proceso actualizable. Una ideología es, por tanto, una movilidad histórica, que se mantiene si consigue establecer un sistema de comunicación que la permita no ser nunca lo mismo pudiendo asegurar que es la misma, ya que es la identidad consigo misma la que le exige actualizar el mecanismo. Una ideología es una constante reconocible en la variación.

Los sistemas de comunicación de las ideologías están pensados, consciente o inconscientemente, en correlación con el sistema de comunicación empleado por la clase dominante. Se da el caso curioso de que la lucha ideológica suele convertirse en pugna fraseológica. Cuando esta pugna no es posible, porque los aparatos de poder constituyen, por sí mismos, una forma de comunicación dominante y sin resquicio, las ideologías tienden a desideologizarse, adoptando la violencia como forma de comunicación. La ideología dominante configura entonces sus mecanismos de comunicación para mostrar la adecuación entre las relaciones de existencia, reales, con las ideales, imaginarias, enmascarando la función dominadora. Las posibles inadecuaciones de esta relación quedan absorbidas en el lenguaje ideológico empleado, en el que se silencia lo que no es comunicable, y se expresa lo significativo de la situación. La comunicación se ensalza como exigida por la ideología, siempre que la comunicación sea un reconocimiento de la eficacia ideológica del sistema, y los ciudadanos los consumidores del producto.

Llegados a este punto, sólo nos resta concluir señalando la comunicación como un esfuerzo de comprensión, convencidos de que no son las ideologías las que establecen la forma de comunicación genuinamente humana, pero quizá no le sea dado al hombre vivir en sociedad, o vivir socialmente sin el valimiento de una ideología. Resistirse o retraerse a ellas, esconde una ideología criptogámica, no por sutil menos activa y afanosa de dominio. La noche no es la negación del día, es un cuadrante. Las ideologías son formas artificiales de convivencia, pero, no por artificiales, artificiosas. Lo artificioso es negarlas. Rememorando una frase de San Agustín podríamos decir: derruid las ideologías —él se refería a las casas de prostitución— y habréis destruido la ciudad. Se me ocurre si los destructores de las ideologías, en atención a la parcialidad manifiesta de sus idearios, no estarán actuando, movidos en su subconsciente, como doctrinarios del poder absoluto. Ni qué decir tiene —y con esto concluyo— que las reflexiones que he expuesto se basan en la convicción de que la comunicación es posible no sólo entre seres humanos, sino también entre sistemas inorgánicos, y que, de los tres niveles desde los que se puede examinar la cuestión de la comunicación, nos hemos fijado preferentemente en el de la “influencia”, dando de lado al “técnico”, con alusiones al “semántico”. Esta restricción nos venía impuesta por la índole del argumento, ya que las ideologías, sea cual fuere la definición que las explique o resuma, son o se revelan como una pretensión de influencia sobre el receptor del mensaje.

## LAS DOS PERSPECTIVAS METAFISICAS

PROF. DR. MICHELE F. SCIACCA  
Universidad de Génova, Italia

### 1. El principio de la “*creatio ex nihilo*” y el “salto” entre la metafísica creacionista y la metafísica no creacionista.

LA PALABRA HEBREA *bara*; está para indicar el acto divino que produce algo *del todo nuevo* (y maravilloso); así pues, incluye que nada preexiste a tal acto: es éste el significado propio de creación.<sup>1</sup> El texto bíblico puede ser tomado por la reflexión filosófica a nivel metafísico: sin hacer el fundamento del

<sup>1</sup> El significado original de *bara* es “cortar”, que puede indicar ya sea una acción humana o el acto divino del “crear”, esto es figurativamente que Dios “corta” la Nada poniendo un ser que antes no era; y como el Ser crea sin que una materia preexista —si preexistiera algo no crearía sino modelaría, etc.— en el *bara*, “crear” o “cortar”, está implícito que crea *ex nihilo*; que lo demás está también implícito en el término “en el principio”: si la creación está “al inicio” de las cosas, primero es sólo el Ser y lo que no es el Ser, es decir, la Nada. O bien: el inicio absoluto implica la *creatio ex nihilo*, el principiar de la creatura desde el Principio o desde el Ser que es; es decir que comienza a ser, antes no era. El correspondiente griego *κτίζω* indica un acto espiritual, intelectual y voluntario, con el cual se hace “algo nuevo” y no en el sentido de *δημιουργέω*, del cual se distingue, que está para significar una acción divina o humana sobre una materia o cualquier cosa que sea preexistente. Por otra parte, el Ser crea con la “palabra”, es decir con un puro acto espiritual y esto confirma que la *creación* es *ex nihilo*. Cfr. también Ex., 19. 5 y 20, 11; Is., 45, 6; Prov., 3, 19-22, de los cuales resulta que Dios, Señor absoluto, crea de la Nada. Explícitos los siguientes textos: 2 Mach., 7, 28: ... *γινώσκει ότι οὐκ ἐξ ὄντων ἐποίησεν αὐτὰ ὁ θεός* [“sabe que (el cielo y la tierra) los ha hecho Dios y no de cosas existentes”] Juan., 17, 5; S. Pablo, Rom., 4, 17: *θεοῦ... καλοῦτος τα μὴ ὄντα ὡς ὄντα* (“Dios llama al ser lo que es como lo que no es”); Hebr., 11, 3: *πίστει νοοῦμεν κατηγορεῖσθαι τοῦς αἰῶνας ῥήματι θεοῦ, εἰς το μὴ ἐκ φαινομένων τὸ βλεπόμενον γεγονέναι* (“por fe sabemos que los mundos han sido creados con una palabra de Dios, así que de los invisibles ha tomado origen lo que se ve”).